

RONDA

(CANTO A TOLEDO)

Por JUAN ANTONIO VILLACAÑAS

Buscando itinerarios
de los claros de luna
para sentir el brillo, pilares e incensarios
que tus siglos prodigan,
he encontrado sus luces en tus luces
—las luces que me sigan—
en tu veste cambiante,
en tu lucir alturas anhelante...

Era oscura la noche
cuando emprendí la marcha,
con un frío de invierno. Y una escarcha
de plata se posaba.
Yo, deslizado en ella
sin pensar que me helaba,
absorto contemplaba,
lo mismo que el que mudo piensa ido,
a la visión primera,
tornándose el invierno en primavera.
Para ascender, las puertas se me abrieron
con un signo fragante de su vega
y fuime introduciendo piedra a piedra,
adivinando el agua que la riega.

(Será mejor ahora,
que todo está durmiendo en la pendiente,
regar también mis campos con su fuente
de leyenda sonora...)
Y al penetrar la cuesta sentí ríos.
de luces y de sangre
que arrancaron del Cristo los judíos.

Un paso más y el cobertizo iba
abriéndome otras puertas ya lejanas
leyendas de otras piedras castellanas
que viven allá arriba,
como si ondas fueran
o conchas que sus joyas me rindieran.

Reverbera en la noche y te ilumina
una estela ignorada.
Su claridad divina
te hace plaza primera inmaculada.
Siento entero, que esta noche importuna,
vacía de colores,
no permita los claros de la luna.
Es extraño Toledo sin sus besos;
pero es más que sin ella resplandece.
Selénica invisible reverdece
en la oscura calleja sus fulgores.

¡Oh fina oscuridad, oh noche pura,
que me aclaras la voz de Garcilaso
para vivir con él en tu figura...!

Me estás, luna, robando paso a paso,
y, émulo de tu luz y tu blancura,
surge un Toledo sol al cielo raso.

He doblado la esquina
retorciendo el sentido con sus vueltas.
Todo es una hornacina.
Las calles y las plazas
son los ríos azules con sus deltas.
Pero, sintiendo vuelos, yo me he visto
al pie de un monasterio,
llamarada de historia
que embarga mi memoria
y, extático, no existo,
pues me lleva su mundo de misterio
al pórtico lejano de victoria.
Me acerco a las mezquitas
y surgen sinagogas,
conjunciones morunas y estados israeli-
jardines y museos. [tas,
Vibrante, emocionada, en los rincones
suave canción del agua,
que en su marcha acaricia los peñones:
Delirante suspiro que, en el eco,
un adiós va dejando
a la ciudad del Greco.

Vives tan ascendente
que el que viene y te deja va pensando
que eres astro radioso, incandescente.

En el Taller del Moro, colocado
en medio de la calle. Tú a otro lado
me muestras la reliquia; y sorprendido,
al consultar la hora,
el tiempo y el espacio que atesora,
me quedo unos instantes sumergido
en la espesa negrura
de la noche que cubre tu figura.
Mas, si en tanto aclarara,
perdería los gozos que me esperan.
Escucho un canto de ara
entre campanas de oro.
¡Oh pregón celestial! En la espadaña
mezclan a su tañido con el coro,
y el Organo de España
a todo su clamor hace un tesoro.
Sensación de no estar,
remanso de San Marcos,
receptor de las ondas del altar,
tú me vienes a dar
sonoridad del alma con los rezos
que las monjas vecinas bisbisean,
las sombras que pasean...,
Toledo como es, sin aderezos.

Con un breve recuento,
milenario repaso de verdades,
se perfilan en ti las majestades
que alcanzaron contigo el firmamento.
Lumínicos temblores
cantándote me impulsan adelante,
pues llevo en el semblante
la música de tantos trovadores
que te fueron cantando.
Su lira se ocultó sin saber cuándo,
pero siguen tus mismos resplandores.

Rincones de San Justo silenciosos,
con las manos del Cristo estáis cubiertos.
Nocturnos ambiciosos
del arte y del encanto de leyenda,
en sus brazos abiertos
tenéis su corazón a la encomienda.
Y estando ésto diciendo
—lugar impresionante—
descubro a un caballero cual estatua
en actitud orante.
Dejéme tal sabor, tan reales cosas,
que presentí escuchar las cuchilladas
en sus palabras hondas, fervorosas.

Cada vez más de mi estación me alejo
y me adentro en tu mundo primitivo.
Te llevo soledad, mi lira dejo,
robándote secretos, fugitivo.
Albergues y posadas,
descanso de los nobles viajeros.
ya piedras desgastadas
sostienen como docto paraderos.
Con su presencia a mi sentido viene
la imagen de su Manco de Lepanto,
y un lirismo me envuelve y me detiene,
sin dominar el llanto,
expectante del humo de su canto...

Llego a Zocodover como olvidado
y ausente de mí mismo.
Oh Cristo de la Sangre, yo he soñado
o dormí con mi musa en el realismo.
La plaza está brillante y es espuma
de las aguas del Tajo.
No quiero que la noche se consuma,
y el Miradero, al aire,
me brinda su reposo.
Desmayo en su regazo venturoso
pintando en el espacio mi fortuna.

(Pues siendo selenita...
he visto a la ciudad ¡sin ver la luna!)

VOCES DE TIERRA

Quisiera ser una sombra del camino,
nube que apagara la sed del centeno,
o hermano del agua, piedra de molino

quisiera ser otro del que soy, más bueno

...Y tanto quiero que no soy más que un pino
que sin flores, hojas ni ramas; desnudo

está vagando por un llano frío y rudo
—sólo— en busca de la voz de mi destino.

Quisiera ser una sombra del camino,
nube que apagara la sed del centeno,
o hermano del agua, piedra de molino.

ALFONSO VILLAGÓMEZ RODIL